

APUNTES SOBRE LOS SUPUESTOS DE LA PRÁCTICA FILOSÓFICA

NOTES ON THE ASSUMPTIONS OF PHILOSOPHICAL PRACTICE

JOSÉ LUIS SAMPER

Asociación Filosofía Práctica de Cataluña
jsamper1@terra.es

RECIBIDO: 15 DE JUNIO DE 2012

ACEPTADO: 4 DE SEPTIEMBRE DE 2012

Resumen: En 1981, salió a la luz la idea de Gerd Achenbach de aplicar los conocimientos y habilidades adquiridas en los estudios filosóficos al tratamiento de problemas humanos cotidianos. Esa idea es hoy un movimiento extendido por casi todos los países europeos y americanos. El éxito de ventas alcanzado por la obra de Lou Marinoff *Más Platón y menos Prozac* ha popularizado esta idea e informa sobre los diferentes ámbitos, individual y grupal, en que puede usarse el recurso de la filosofía. Sin embargo, se trata de una actividad que envuelve una determinada concepción de la naturaleza de la Filosofía y también cómo puede el filósofo potenciar la reflexión para abordar los problemas que trata.

Palabras clave: práctica filosófica, diálogo, reflexión, pensamiento autónomo.

Abstract: The idea of Gerd Achenbach to apply knowledge and skills acquired in philosophical studies to the treatment of everyday human problems came to light in 1981. Today, that idea is a widespread movement in almost all European and American countries. Sales success achieved by *Plato not Prozac* written by has popularized this idea. That book reports on different areas that philosophy can be used: persons and groups. However, it is an activity that involves a certain conception of the nature of philosophy and also it studies how philosopher can enhance thinking to tackle its problems.

Keywords: philosophical practice, dialogue, reflection and autonomous thinking

Introducción

El presente trabajo trata sobre el enfoque práctico de la Filosofía. Se trata de apuntes, es decir notas, que recogen reflexiones nacidas de la práctica del programa *Philosophy for Children* de M. Lipman, que ha sido aplicado de forma regular durante quince años a adolescentes de Bachillerato y la participación en talleres de filosofía y en cafés filosóficos en los últimos cuatro años. El enfoque práctico de la filosofía pretende situar a ésta en el espacio público para que pueda hacer su contribución a la mejora social y personal. Aunque el *practitioner* (término inglés para designar al filósofo práctico) no se considere ligado a

ninguna orientación filosófica concreta, su actividad y el modo de ejercerla son ya una forma de constituir el objeto de la Filosofía. De ahí que su actividad deba ser continuamente revisada y reconsiderada, entre otras razones, para conservar la apertura que en el tratamiento de los problemas dice profesar.

Si la pregunta que mueve a la práctica filosófica es “¿en qué puede ayudar la filosofía a los problemas cotidianos con que se enfrentan las personas?”, se obliga a un autoesclarecimiento del filósofo práctico. La filosofía no existe como una ciencia constituida que presenta un cuerpo de conocimientos aceptados; pero sí existe como una *actividad* que nos ayuda a comprendernos mejor y a dar significado a nuestras vidas. En este sentido el filósofo *se clarifica clarificando, y clarifica clarificándose*. El grado y calidad de ayuda que puede ofrecer está en función del grado y calidad que haya alcanzado su pensamiento. Y esto le obliga a un constante volver sobre su actividad, practicando la reflexión que propone en el análisis de los supuestos involucrados en su labor.

El itinerario seguido por este trabajo tiene como punto de partida una caracterización de la filosofía práctica para ver a qué tipo de imagen de la filosofía se asocia este movimiento, qué función asigna al filósofo y a qué meta humana se apunta con esta práctica.

Breve caracterización de la filosofía práctica

Filosofía Práctica (*Philosophical Practice, Philosophischen Praxis*) es el nombre de un movimiento filosófico que pretende hacer una aplicación de la filosofía en la resolución de problemas habituales de la vida. Se trata de una idea concebida en 1981 por el alemán Gerd Achenbach y que, al año siguiente, tomó cuerpo en una institución por él creada, la *Sociedad para la Práctica Filosófica (Gesellschaft für Philosophische Praxis)*.

Tal vez, sea pertinente, antes de seguir con la breve presentación de este movimiento, hacer algunas observaciones sobre la denominación española de este movimiento. Llamarlo “Filosofía Práctica” puede inducir a pensar en ese movimiento como si fuera una “rama” de la Filosofía o una “escuela filosófica”. O tal vez, al igual que ocurre en otras ciencias donde hay una parte “teórica” y otra “práctica”, así en la Filosofía. “Filosofía Práctica” vendría a ser el desarrollo y aplicación de los conocimientos teóricos filosóficos a campos diversos de la realidad, como puede ser el caso de lo que hace la Física o la Biología. Pero no es ese el caso, pues para empezar la Filosofía no constituye un cuerpo de conocimientos fijado que permita tal desarrollo. Creo que sería más exacto llamarla “Práctica Filosófica”, tal y como sugiere su nombre en alemán, inglés o francés (*Nouvelles pratiques philosophiques*). Aunque esa denominación resulte

algo dura en español, nos muestra mejor la naturaleza de este movimiento. No se trata de una nueva “materia” filosófica, sino una invitación a reflexionar filosóficamente sobre algún tema planteado.

En noviembre de 1982 Gerd Achenbach escribió un artículo titulado “Respuesta abreviada a la pregunta: ¿Qué es la Práctica Filosófica?” (“Kurzgefaßte Beantwortung der Frage: Was ist Philosophische Praxis”). Un artículo que recuerda al de Kant sobre “Qué es la Ilustración”. Y en dicho artículo se nos dice:

Se trata de un recurso (Einrichtung) para personas agobiadas por preocupaciones o problemas, a los que su vida "no puede hacer frente" o se sienten que de alguna manera están "atascados"; personas acosadas por preguntas que ni resuelven ni de las que no saben cómo desembarazarse; personas que a pesar de encontrarse bien instalados en su vida cotidiana y no sentirse lo suficientemente mal como para pedir ayuda, tienen la impresión de que su vida real no se corresponde con sus posibilidades. A la orientación filosófica acuden personas que no se conforman simplemente con vivir, sino que desean “dar cuenta” de su propia vida, esperando obtener claridad y esperanza sobre contorno, esto es, sobre su origen, dónde están y adónde van. Su demanda no es rara, son personas que quieren reflexionar sobre sus circunstancias particulares, sus embrollos peculiares y sobre la ambigüedad de sus vidas. En resumen: acuden a la Práctica de los filósofos porque desean entender y ser entendidos¹

Aun cuando la Práctica Filosófica se ha presentado a veces como una alternativa a las psicoterapias, no lo es. Esta es una sensación que puede derivarse de libros de divulgación, como el de Lou Marinoff *Más Platón y menos prozac*. Pero no es un recurso dirigido a tratar trastornos psicológicos. En el mismo artículo sobre qué es la Práctica Filosófica, Achenbach nos advierte que no se puede aplicar la filosofía como si los problemas del consultante pudieran ser tratados con Platón, Hegel o cualquier otro autor. De lo que se trata es de recuperar aquella actitud socrática de acompañamiento dialógico con el objeto de aclarar las propias ideas.

Es decir, la interpretación que el uno hace del otro pretende "descubrir" al otro y por tanto comprenderlo mejor de como él mismo se entiende. Si interpreto a alguien, creo entenderlo mejor de como él se entiende a sí mismo. En el asesoramiento filosófico no se va más allá, o mejor dicho, detrás del discurso efectivo, o sea del discurso que nos viene presentado por quien nos cuenta un

¹ ACHENBACH, Gerd B.: “Kurzgefaßte Beantwortung der Frage: Was ist Philosophische Praxis?” disponible online en http://www.igpp.org/cont/philosophische_praxis.asp, último acceso 10 de febrero de 2012.

problema, sino que se da peso e importancia precisamente a lo que es dicho, evitando así atacar al huésped² con preguntas de este tipo: "¿por qué ha dicho esto?", o: "¿qué quería decir con eso?", etc. Hay una regla: toda interpretación que cree comprender mejor al otro tiene un criterio de evaluación: ¿el otro, ahora, se siente comprendido mejor que antes? Esto es el comienzo de lo que yo llamo cultura del diálogo; en ella comienza el respeto hacia el otro y ese respeto acaba en el momento en que nos interpretamos recíprocamente³

Vemos en esta respuesta el criterio que diferencia a una terapia psicológica de una práctica filosófica: en la una se trata de personas, en tanto que en la otra se trata de ideas. El psicoterapeuta ve los problemas del "paciente" como "enfermedades" o "trastornos" que deben ser "curados"; y para ello aplica ciertos conocimientos según la metodología clínica que su ciencia le establece. El filósofo práctico ve los problemas de su interlocutor como interrogantes o necesidades de comprensión que requieren abordarse en un diálogo en el que se pueda avanzar en la clarificación o respuesta a ese problema.

Un ejemplo real puede, quizás, aclarar esta diferencia. Una chica, X, de diecisiete años se quedó embarazada de su novio. Ella temía la reacción de sus padres, las consecuencias que tener que hacerse cargo de un hijo podía tener para los estudios que estaba haciendo, lo que podrían pensar de ella otros familiares y vecinos, etc. El novio, que no se veía capaz de asumir el compromiso de un hijo, le proponía abortar; el padre también insistía en la solución del aborto, aunque más por una cuestión de "vergüenza"; su madre se movía en un mar de dudas, preocupada y triste por su hija. También pensaban que debía casarse con su novio. Su hermana, un par de años mayor que ella, le reprochaba lo torpe que había sido, le avanzaba los inconvenientes de hacerse cargo de una criatura, pero sin proponerle nada en concreto. Naturalmente, X estaba angustiada, dormía mal y se encontraba muy confusa y abatida. Aceptó la propuesta de sus padres para visitar a un psicólogo. Visitó al psicólogo tres veces, pero quien realmente le ayudó a tomar una decisión por sí misma fue una anterior profesora, sensible e inteligente, con la que pudo hablar libremente, exponerle sus dudas y lo que pensaba. Ese diálogo le facilitó aclarar sus ideas y asumir su situación. Decidió tener el niño, no quiso ligar esta decisión a casarse con alguien de cuyo amor no estaba segura e hizo frente a las dificultades y obligaciones de tener un niño.

² Achenbach utiliza los términos "Gastes", "Besucher", "Gastgeber" (invitado, huésped, anfitrión) para referirse al participante en la práctica filosófica justamente con la intención de indicar que no lo considera "afectado" por ningún tipo de enfermedad, sino que se trata de una relación abierta en la que se trata de ideas.

³ ACHENBACH, Gerd B. en "Entrevista a Achenbach" de Raffaella Soldani. Disponible online en <http://www.asepraf.org>, último acceso 10 de febrero de 2012.

Las angustias, ansiedades y preocupaciones de X no nacían de ninguna enfermedad o trastorno mental. Su embarazo no deseado entraba en colisión con sus ideas, prejuicios y expectativas de estudio y trabajo. Esto le causaba un fuerte impacto emocional, pero ella era psíquicamente tan normal como antes de quedar embarazada. Su problema era de carácter moral, social si se quiere. Pero no necesitaba ser tratada de ninguna “dolencia”, sino simplemente *reflexionar* para resituarse ante los cambios introducidos en su vida por el embarazo, cosa a la que le ayudó el diálogo con aquella profesora.

Son frecuentes las situaciones en que una persona se siente perpleja, como por ejemplo cuando hay que enfrentarse a un posible cáncer, tener que internar a un progenitor en un geriátrico, el suspenso en un examen que hace dudar sobre el acierto de la carrera elegida, la desazón de quien cercano a los cincuenta se siente frustrado en su matrimonio o profesión, el suicidio de un hijo adolescente, el planteamiento de un divorcio, la pérdida de un empleo tras media vida en ese trabajo, etc. etc. Y también en ámbitos más colectivos, como puede ser la empresa, las instituciones o grupos sociales pueden darse situaciones que requieren el auxilio de la reflexión filosófica. De ahí que el campo de la práctica filosófica se haya extendido en todo un cosmos de formas diversas como son las asesorías filosóficas, los cafés filosóficos, asesoramiento a empresas, etc. Indicar, por último, que la Práctica Filosófica tiene un precedente en el tiempo en la obra de Matthew Lipman. A finales de los años sesenta, Lipman (1922 – 2010) se enfrentó al problema de la creciente desmotivación que los alumnos muestran en las aulas:

El misterio natural del hogar y del ambiente familiar viene remplazado por un ambiente estable y estructurado en el que todo es regular y explícito. Los niños gradualmente descubren que dicho ambiente raramente es apasionante o retador. Todo lo contrario, declina el capital de iniciativas, de invención y de reflexividad que ellos traen a la escuela⁴

Pero en vez de abordarlo desde la perspectiva habitual de introducir modificaciones materiales (introducción de nuevas tecnologías, reducción o ampliación del número de alumnos por aula, remuneración del profesorado, clases de apoyo, etc.), aporta una perspectiva diferente. Sin negar la importancia que puedan tener esos cambios materiales, pone su atención en la necesidad de hacer que las actividades que se desarrollan en el aula tengan sentido, ya que solamente se puede apreciar aquello que tiene sentido para nosotros. La

⁴ LIPMAN, Matthew: *Pensamiento complejo y educación*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1998, p. 51.

exclusiva atención a las condiciones materiales frecuentemente contribuyen a hacer el ambiente escolar más “estable y estructurado en el que todo es regular y explícito”, sin que allí se pueda descubrir nada.

Como todo el mundo, el niño anhela una vida rica en experiencias significativas. No quieren solamente tener y compartir, sino tener y compartir todo aquello que tiene sentido; no solamente gustar y amar, sino gustar y amar justificadamente; los niños quieren aprender, pero también quieren que aquello que aprenden tenga sentido⁵.

Encontrar el sentido de lo que se hace. Y esto es lo que intenta la introducción de la Filosofía en el aula mediante el programa *Philosophy for Children*. Con este propósito, M. Lipman, junto con otros educadores, creó materiales⁶ que facilitarían la participación activa de los alumnos en los diálogos del aula y convertir las clases acostumbradas en una comunidad de investigación. Fundó el *Institute for the Advancement of Philosophy for Children* (IAPC) de *Montclair State University* para el seguimiento y desarrollo del programa “Filosofía para niños”⁷.

Vemos aquí trazadas las líneas que mueven a ese amplio movimiento de la Práctica Filosófica: incorporar la reflexión filosófica y el diálogo abierto a ámbitos de vida cotidiana para que esa vida sea más racional y significativa. La figura de Sócrates representa su modelo histórico inspirador.

Las diferentes imágenes de la filosofía

La Filosofía como amor a la verdad.

Desde sus inicios, la Filosofía ha proyectado una imagen de ser una actividad alejada de las preocupaciones habituales de la mayoría de los mortales. Así, Platón recogiendo anécdotas que le habían llegado de los primeros filósofos nos dice:

⁵ Lipman, Matthew, Ann Margaret Sharp y Frederick S. Oscanyan: *Filosofía a l'escola*, Eumo, Barcelona, 1991, p. 29.

⁶ El cuerpo básico de estos materiales son unas novelas para ser leídas en clase de las que salen las cuestiones para dialogar. Esas novelas disponen de unos manuales didácticos que ayudan al profesor en el planteamiento de ejercicios y guías de discusión para tratar los temas que surgen. La primera de estas novelas, de orientación lógica, fue *Harry Stottlemeier's Discovery* que en castellano toma el nombre de *El descubrimiento de Harry* y en catalán *La descoberta d'Aristòtil Mas*.

⁷ En Cataluña, este programa recibió el nombre de “Filosofía 6/18” (más adelante “Filosofía 3/18”) y se creó el IREF (*Institut de Recerca per l'Ensenyament de la Filosofia*).

Ahí tienes, Teodoro, el ejemplo de Tales, que también observaba los astros y, al mirar al cielo, dio con sus huesos en un pozo. Y se dice que una joven criada tracia, con ironía de buen tono, se burlaba de su preocupación por conocer las cosas del cielo, cuando ni siquiera se daba cuenta de lo que tenía ante sus pies. Esta burla viene muy bien a todos aquellos que dedican su vida a la filosofía. En realidad, estos hombres desconocen lo próximo y lo vecino, y no solo en el campo de la acción, sino en la mera distinción de su humanidad o de su bestialidad. Qué es, pues, el hombre y en qué se diferencia su naturaleza de las demás en cuanto a su acción y a su pasividad, esto es, precisamente, lo que inquieren y lo que examinan con atención⁸

Este texto nos puede servir como punto de apoyo a una forma de ver y entender la Filosofía, o mejor, al filósofo. Se trata de alguien que se desentiende de lo “próximo y vecino” para ocuparse de cuestiones en las que apenas nadie repara. Sin embargo, el filósofo tiene la intuición de que es “en las cosas del cielo” donde se encuentran las respuestas a las cosas que tiene “ante sus pies”. Pero la risa de la joven tracia está llena de amabilidad y los intereses del filósofo le resultan simpáticos, aun cuando no tienen utilidad alguna para ella. La criada encuentra en “su mundo” las respuestas que necesita para sus actividades habituales, sin que las ocupaciones del filósofo tengan otro valor que el de lo ocioso.

El texto muestra como el pensamiento filosófico se dirige hacia las “alturas”, hacia aquellas prominencias desde las cuales es posible contemplar un horizonte más completo para orientar la acción humana y aclararle su situación. De la mirada desinteresada de los filósofos sobre el mundo, nacen pensamientos e ideas que se incorporan al acervo cultural de las personas y les sirven como puntos de referencia para sus vidas. Así, los filósofos se constituyen en autoridad espiritual para sus conciudadanos.

Aristóteles se refiere a esos filósofos como aquellos que “filosofaron sobre la verdad”⁹. Y esa era la finalidad de sus indagaciones movidos por la admiración ante el mundo: *la verdad*. Todos los hombres llevan incorporadas por naturaleza una vida espiritual que se nutre por educación de lo adquirido por otros. Pero hay algunos que no solamente necesitan examinar lo transmitido e incorporarlo a su experiencia, sino que, además, dirigen su atención a aquellas razones últimas que dan cuenta del mundo y del hombre. Los preguntas a las que ellos se enfrentan no son las preguntas arbitrarias que uno puede hacerse, o no, sino aquellas otras preguntas en las que el ser humano necesariamente está en razón de su conciencia y naturaleza intelectual. Preguntas referidas al origen de todas las cosas, y que a su vez es final al que se dirigen. En ellos la Filosofía es

⁸ PLATÓN: *Teeteto*, 174a.

⁹ ARISTÓTELES: *Metafísica*, 983b.

una actitud mental con la pretensión de que sus vidas se rijan por lo que las cosas son *en verdad*.

La filosofía escolar

Con el paso del tiempo, la Filosofía, madre de muchas ciencias, va substantivándose. Lo que era una actividad que trataba de penetrar en lo que las cosas son de verdad, se convierte en cultura, en productos para ser aprendidos e incorporarlos al acervo de conocimientos con los que responder a los retos de la vida. La filosofía pasó a ser una especialidad y que vivía, fundamentalmente en el seno de las academias, escuelas y universidades. Surge así lo que podemos llamar una “filosofía escolar”.

En esa filosofía, se mantiene el deseo de encontrar la verdad, pero el reducir sus movimientos al ámbito académico le hace ocuparse más de ella misma que del mundo. Los filósofos eminentes de los que trata no son ya figuras inspiradoras, sino el objeto de su estudio. Y al mismo tiempo que aportaba gran riqueza de detalles, se va perdiendo en distinciones cada vez más complejas y alejadas del espíritu iniciador de la filosofía. Se produce en ella un efecto similar al efecto de cavitación de las hélices marinas al girar a un número excesivo de revoluciones: producen ruido, vibraciones y erosiones en ellas, a la vez que disminuye la velocidad de la nave.

La figura del filósofo aparece como alguien estudioso, su atención puesta en los pensamientos que lee en los libros de otros estudiosos como él. El saber de los filósofos creadores de pensamientos nacidos de “mirar las cosas del cielo” se va transformando en lugar común, en “tópico” de un decir cada vez más abstruso.

La Filosofía como práctica filosófica

La práctica filosófica, en contraste con la imagen anterior, nace con el deseo de mostrar la utilidad de la filosofía para afrontar problemas cotidianos de los humanos. Problemas o dudas sobre cómo orientar su vida. Cotidianos no significa en modo alguno “triviales”, sino aquellos con los que las personas luchan, desde una perspectiva muy limitada a veces, y que van decidiendo sus vidas.

En ocasiones, se trata de problemas generados por acontecimientos (un fracaso matrimonial, una enfermedad seria, la decisión sobre la escuela de los hijos, un cambio de empleo, la necesidad de mejorar las relaciones humanas de una empresa, etc.) que chocan con el sistema de creencias que en esos terrenos

profesamos, con aquel sustrato profundo de convicciones con las que contamos y sostienen la vida intelectual con que nos manejamos en la vida.

Siguiendo a Ortega y Gasset, se puede decir de las creencias no son ideas que *se tienen*, sino ideas en las que *se está*. De ahí que cuando un suceso entra en contradicción con esas creencias, surja la duda acerca de dónde estamos, cree inestabilidad en nuestra vida y la sintamos la perentoria necesidad de pensar para reorientar nuestra de nuestra existencia¹⁰. De ahí que frecuentemente la duda tome la forma, tal como dice G. Achenbach, de “¿*Qué estoy haciendo?*”, y que es previa a la kantiana “¿*Qué debo hacer?*”.

Aunque se trata de problemas que remiten a un examen de la cosmovisión en la que estábamos, son, sin embargo, tratados desde una reflexión banal. La práctica filosófica se presenta como un instrumento adecuado para que un tratamiento más riguroso del problema permita precisar con más nitidez sus contornos y distanciarse lo suficiente de él para verlo desde una perspectiva más amplia y equilibrada.

Estas diferentes imágenes de la filosofía y del filósofo no son incompatibles entre sí, aunque responden a diferentes maneras de estar intelectualmente situado en el mundo. El filósofo práctico dialoga con aquellos filósofos que se enfrentaron con los grandes enigmas del cosmos y también con los estudiosos que han aclarado y desarrollado esas filosofías. Pero también quiere dialogar con sus contemporáneos y los problemas que les afligen. Según sea la intensidad de esos diálogos, la imagen de la filosofía que se dibuje en la práctica filosófica puede variar desde la mera erudición que proporciona conocimientos y experiencias para que cada uno los use según les sirva hasta una restauración de la vida intelectual que facilite una vida asentada en la verdad.

Sócrates como modelo

Es común entre los filósofos prácticos tomar a Sócrates como modelo de la actividad de los filósofos prácticos. Dice M. Lipman:

Sócrates nos ofrece un modelo intelectual de investigación, pero no obstante, se abstiene de imponernos los resultados de su propia búsqueda intelectual. Reconociendo que teoría y práctica van juntas, no nos propone nada como deseable sin indicarnos, al mismo tiempo, los pasos para conseguirlo¹¹

¹⁰ En este sentido son muy aclaradoras las observaciones de Ortega y Gasset expuestas en su artículo “*Ideas y creencias*” publicado por primera vez en el diario La Nación, de Buenos Aires de 1936, y recogido en el libro *Ideas y Creencias, y otros ensayos filosóficos*, Revista de Occidente, Madrid, 1977.

¹¹ LIPMAN, Matthew. *Filosofía al'escuela*, op.cit., p. 16.

También Achenbach al ser preguntado por las lecturas que pueden ser más significativas para quien desea dedicarse a la Práctica Filosófica, su respuesta fue: “Antes de todo el Sócrates de Platón y los estoicos: Marco Aurelio y Agustín, por ejemplo. Allí la filosofía es existencial”¹².

De hecho, así vieron a Sócrates sus contemporáneos, como alguien preocupado por los problemas éticos de Atenas. Jenofonte nos ofreció de él una visión de menos hondura intelectual que la de Platón, pero quizás más ajustada al Sócrates histórico. Nos dice Jenofonte:

Sócrates no hablaba, como la mayoría de los demás oradores, sobre la naturaleza del universo, examinando en qué consiste lo que los sofistas llaman kósmos y por qué leyes necesarias se rige cada uno de los fenómenos celestes, sino que presentaba como necios a quienes se preocupaban de tales cuestiones. En primer lugar investigaba si tales individuos, por creer saber suficientemente las cosas humanas, se dedicaban a preocuparse de lo referente a aquellas otras, o si, dejando los problemas humanos e investigando lo divino, creían hacer lo que es conveniente. Se sorprendía que no vieran con claridad que los hombres no pueden solucionar tales enigmas, ya que incluso quienes más orgullosos están de su discurso sobre estos temas no tienen entre sí las mismas opiniones, sino que se comportan entre ellos como los locos...

...En cambio, él siempre conversaba sobre temas humanos, examinado qué es piadoso, qué es impío, qué es bello, qué es justo, qué es injusto, qué es la sensatez, qué cosa es locura, qué es valor, qué cobardía, qué es ciudad, qué es hombre de Estado, qué es gobierno de los hombres y qué un gobernante, y sobre cosas de este tipo, considerando hombres de bien a quienes las conocían, mientras que a los ignorantes creía que con razón se les debía llamar esclavos¹³.

Sócrates no solamente es un modelo por ocuparse de temas que afectan al común de los hombres, sino también por el modo de abordarlos. El diálogo abierto, en el que tras examinar las concepciones que se tienen sobre un asunto, se aborda el camino de una respuesta a aquello que se trata, es uno de los pilares de la práctica filosófica.

Sócrates no impone verdad alguna, pero su actitud es investigadora. Sabe que debe haber una respuesta para los problemas humanos, pero que esa respuesta debe ser descubierta de forma personal o, lo que es lo mismo, debe ser vista en uno mismo. Esto es una proclamación de su confianza en el hombre. Como explícitamente se dice en el Menón, el conocimiento está en nuestro interior, y puede ser despertado o recordado si se es interrogado adecuadamente.

¹² SOLDANI, Raffaella: *Entrevista a Achenbach*. Disponible online en <http://www.asepraf.org>, último acceso: 12 de febrero de 2012.

¹³ JENOFONTE: *Recuerdos de Sócrates*. I, 11- 16.

Lo que capacita a Sócrates para poder ayudar a los otros a alumbrar la verdad es su “docta ignorancia”, un no saber que hace posible aquellas preguntas que empujan a la inteligencia a alumbrar respuestas en las que descansar.

Junto a Sócrates, son muchos los autores de referencia para los filósofos prácticos, tales como los estoicos, los epicúreos, Montaigne, Schopenhauer, Kierkegaard, Nietzsche..., y, en el caso de Lou Marinoff, la lista se extiende a otros autores orientales, como Lao Zi.

No creo que haya habido filósofo original que no haya dirigido su pensamiento a elucidar los problemas de su tiempo y, en este sentido, su pensamiento resulta inspirador de la práctica filosófica. Todos nos han dejado pensamientos esclarecedores para la conducta humana, pero aquellos que vivieron en épocas de crisis tal vez captaron con más agudeza la naturaleza humana y sus interrogantes más constantes. Y siendo el caso que al no disponer de respuestas reconocidas han de abordar los problemas de su mundo desde ellos mismos.

El mareo de Platón, paradigma de la necesidad filosófica

Lo que mueve a la reflexión filosófica es una situación de crisis intelectual, una contradicción entre una cosmovisión de base y un hecho que la niega. Un ejemplo de lo dicho anteriormente lo tendríamos en lo que movió a Platón a la Filosofía, y que el mismo nos relata en su carta VII.

Nos cuenta Platón que fue deseo de su juventud servir a Atenas, dedicándose a la política. Participó en el gobierno de los Treinta Tiranos, con el régimen que le siguió y que parecía más moderado, pero que condenó a muerte a Sócrates, “al hombre más justo de su tiempo”, y en todos ellos fue viendo como quienes pretendían llevar a la ciudad de “la injusticia a la justicia”, acababan haciendo que se echará de menos “el antiguo orden de cosas, como si hubiera sido una edad de oro”. Los abusos, actos de venganza personal y arbitrariedades eran habituales en Atenas.

Nos dice Platón:

Al ver esto y al ver los hombres que llevaban la política, cuanto más consideraba yo las leyes y las costumbres y más iba avanzando en edad, tanto más difícil me fue pareciendo administrar bien los asuntos del Estado [= polis]. Por una parte, sin amigos y sin colaboradores fieles, me parecía ello imposible (Ahora bien: no era fácil encontrarlos entre los ciudadanos de entonces, porque nuestra ciudad no se regía ya por los usos y costumbres de nuestros antepasados. Y no se podía pensar en adquirir los nuevos sin grandes dificultades.) En segundo lugar, la legislación y la moralidad estaban corrompidas hasta tal grado que yo, lleno de ardor al

comienzo para trabajar por el bien público, considerando esta situación y de qué manera iba todo a la deriva, acabé por quedar aturrido [=mareado]¹⁴

En esta cita extensa, conviene observar adónde se dirige la mirada de Platón. El observa los hechos y las leyes, por un lado, y las “costumbres” de los hombres, por otro. Y constata que ya no rigen “los usos y costumbres de los antepasados”. Se trata de aquel saber consuetudinario sobre el que se levantan las conductas y las leyes de los hombres. Se trata de ese saber establecido y con autoridad que facilita a los hombres saber a qué atenerse, qué es lo correcto y lo incorrecto. Un saber que proporciona un marco de racionalidad a la vida social.

Pero cuando esos usos se pierden o aparecen como uno más entre otros, como ocurre en las épocas de crisis, el hombre se siente sin guía, no sabe qué hacer ni qué es lo justo o lo injusto. Una situación en la que no es posible ni la vida social ni la felicidad. De ahí ese aturdimiento o mareo. Se impone, en esa situación, restablecer el acuerdo entre lo que es justo y lo que es injusto. Un acuerdo en el que no se puede ya apelar a la tradición o cualquier otra estancia exterior, sino en una experiencia interior, íntima, de la verdad.

Sin ese acuerdo, la tarea de hacer política se vuelve imposible. Ahora bien, corresponde a la reflexión, a la filosofía, de iniciar ese camino hacia la interioridad cuya luz manifiesta lo que las cosas son. El prisionero encadenado en el fondo de la caverna y que solamente ve sombras, debe distanciarse de sí para alcanzar la luz que proporciona la verdad de las cosas.

La imposibilidad de hacer política es lo que mueve irresistiblemente a Platón a “alabar la verdadera filosofía y a proclamar que sólo con su luz se puede reconocer dónde está la justicia en la vida pública y en la vida privada”¹⁵. La filosofía aparece en dicha situación como menester urgente, algo que hay que hacer porque no sabemos a qué atenernos respecto de las cosas de la vida¹⁶.

La “*verdadera filosofía*” es la que vio Platón en su maestro Sócrates. En tiempos de Sócrates, la filosofía había devenido en algo escolar, académico. Algo muerto. En ellos, en los sofistas, la filosofía se ha convertido en retórica y cultura que facilita el poder ocupar un puesto en la vida pública. Sócrates vio la necesidad de restaurar la vida intelectual que acompaña a la filosofía, devolviéndole su activo acercamiento a las cosas concretas de la vida, despojándose de todo saber previo no examinado. Son los asuntos cotidianos los que dan contenido y vigor a los principios filosóficos.

¹⁴ Platón. Carta VII, 325d.

¹⁵ Ibid., 325d

¹⁶ Ver la Introducción de Julián Marías a la Política de Aristóteles.

La experiencia de Platón en relación con la política y la situación intelectual de su tiempo viene a ser un paradigma de lo que acontece en muchos problemas humanos: ante las experiencias personales o sociales conflictivas y, por tanto, inesperadas, ya no cuenta el hombre con la respuesta autorizada de un saber tradicional y sólo dispone de tópicos diversos que no le satisfacen. Y eso le impone la necesidad de pensar la cosa concreta a la que se enfrenta por sí mismo y desde sí mismo. La Práctica Filosófica es, al menos en su intención, una respuesta a esa necesidad.

El diálogo como camino del pensar

Pensar es algo que espontáneamente hacen todos los humanos. Y, sin embargo, llegar a ese punto en el que pensar se hace reflexión no es fácil. Lo habitual es que nos dejemos llevar por la corriente de los pensamientos; de forma bastante mecánica los pensamientos y la imaginación se mueven pasando de una cosa a otra. Esto favorece que el decir se independice del pensar, y entonces éste deja de gravitar sobre las cosas. Se habla de las cosas, como si se pensara en las cosas, pero, en realidad, se está vuelto al “se dice”. Se trata de lo que llamaríamos un “pensar *insubstancial*”, un pensar en el que falta la presencia de la cosa, la substancia. Eso es la frivolidad: un decir sin pensar.

Para llegar a la reflexión es preciso una cierta retirada, un detener el automatismo de los movimientos del pensamiento. Se hace preciso volver a escuchar lo que las cosas nos dicen, y para poder escuchar se hace necesario callar. Tal vez por eso en la Escuela Pitagórica se llamaba a los neófitos auditores, pues se les prescribía durante un determinado tiempo el silencio. Solamente cuando habían dominado el arte de callar podían hablar.

En la reflexión el pensamiento vuelve a las cosas alejándose de ellas. Como si de una gran pintura mural se tratara, que de estar demasiado pegados a ella no nos permite apreciar el significado de la mancha de color que tenemos delante. Sólo cuando tomamos la justa distancia de él podemos conseguir la perspectiva que nos muestra lo que aquellas manchas son y representan. Esa es la actitud filosófica: un tomar distancia para poder las relaciones que dan significado a cada cosa.

Es en esa distancia no física, pero real, proporcionada por la reflexión la que permite ir intuyendo la imagen necesaria para poder encajar las piezas que componen el rompecabezas de una vida. El pensar se vuelto sobre sí puede examinar sus contenidos, corregirlos e ir viendo como unos se relacionan con los otros. Como decía Miguel de Unamuno, “la filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total del mundo y de la vida, y como

consecuencia de esa concepción, un sentimiento que engendre una actitud íntima y hasta una acción”¹⁷. ¿Cómo componer el puzzle sin la imagen global de referencia?

Sócrates entendió el pensamiento como un diálogo silencioso consigo mismo. El logos, la palabra que expresa aquello que las cosas son, es al mismo tiempo la cosa en el pensamiento. Pensamiento y palabra son caras de la misma moneda. El pensamiento solamente puede verse para ser examinado si se materializa en la expresión. Esa articulación interna entre pensamiento y palabra es la que hace que se piense hablando y hable pensando.

De ahí que el diálogo silencioso consigo mismo se facilite desde el diálogo sonoro con los demás. Y esta es la función de la Práctica Filosófica: facilitar aquella situación que, individual o colectivamente, permite el diálogo necesario que permite clarificar las cosas, es decir, poderlas ver a aquella distancia en que muestran su naturaleza y alcance.

La función del filósofo práctico

Aunque pensar sea un diálogo consigo mismo favorecido por el diálogo con los otros, no significa eso que todos los intervinientes en él tengan la misma función. Lo que hace que el diálogo avance es la pregunta. Es ella la que mueve a examinar, reconsiderar y mostrar lo que realmente se sabe sobre algo.

“¿Cómo sabes eso?”, “¿Qué quieres decir cuando afirmas...?”, “¿Hay alguna relación entre lo que ahora afirmas y lo que decían antes?”, “¿Podrías poner un ejemplo de lo que dices?” son preguntas que ayudan a pensar. Preguntas en las que no se presupone nada e invitan a precisar conceptos, examinar los fundamentos de lo que se dice, confrontar lo que se dice con la propia experiencia, etc.

Desde un punto de vista externo, el filósofo práctico puede parecer como un interrogador hábil, en el caso de la consulta individual, o un animador del grupo, en el caso de un café filosófico o taller de filosofía. Sin duda, la práctica de este enfoque filosófico permite ir recopilando toda una serie de recursos técnicos que le facilitan su labor. Pero su función no es meramente la de “animar” el diálogo, procurar que se intervenga mucho en él, sino lograr que se participe, que se forme parte de él, contribuyendo al afloramiento de las ideas. Esta función sólo puede hacerse si, estando en el diálogo, se tiene al mismo tiempo la capacidad de salirse de él y contemplar su marcha desde “fuera”.

¹⁷ UNAMUNO, Miguel: *Del sentimiento trágico de la vida*, España Calpe, Madrid, 1967, p.10.

Este desdoblamiento es posible si, al mismo tiempo que el filósofo participa del interés por aquello que trata el diálogo, entiende que todo conocimiento de algo concreto es siempre limitado. Esta limitación viene dada por la necesidad de remitir todo conocimiento finito, concreto, a algo absoluto que le sirve de fundamentación. Pero el conocimiento del absoluto, fundamento último de todos nuestros conocimientos finitos, no es posible. Esto significa que se escapa a su consideración como tema de diálogo, pero está ocultamente presente en lo finito impulsando su investigación.

Esta es una exigencia intelectual del conductor de un diálogo filosófico. Su ignorancia, como en el caso de Sócrates, no es un mero no saber, un recurso ficticio, sino una *docta ignorancia*. Junto a la ignorancia que es mera carencia existe aquella ignorancia no poder dar forma de conocimiento al absoluto sobre el que todo descansa. Tal vez lo que se dice en el Libro del Tao sobre el vacío clarifique este pensamiento:

Modelando la arcilla se hacen las vasijas,
y merced a su vacío, las vasijas de arcilla cumplen su misión.
Y así, del ser depende el uso,
y del no-ser, que cumpla su misión¹⁸

De ese vacío revestido de conocimiento, surgen las preguntas e intervenciones oportunas que ayudan al “huésped”, como llama Achenbach al consultor, a ir encontrando sentido a su dificultad, a que afloren en él las ideas que den cuerpo intelectual a su vida.

Esta exigencia intelectual lleva también implícita una exigencia moral. Solamente un filósofo sensible a las inquietudes humanas y que ame realmente las ideas puede poner a los otros en situación de reflexionar en común. Pero lo que sostiene el diálogo, el fluir del pensamiento compartido, es *la forma* de proceder. Desde Aristóteles, cuando hablamos de forma estamos hablando de la esencia de algo. Cuando esa forma falta o se altera, lo que tenemos es ya otra cosa. Para que el diálogo no se torne debate o intento de dominio o convencimiento del otro y se mantenga como tal diálogo se requiere cambiar una inteligencia que posee la verdad por una inteligencia poseída por ella, abierta a ella. La honradez de esta forma de proceder supone una *metanoia* a la que el filósofo práctico debería siempre atender.

¹⁸ LAO ZI: *El Libro del Tao*, LV.

Final y meta de la práctica filosófica

Por último, recojo una idea que me viene sugerida por Carl G. Jung en su obra *Psicología y Alquimia*. Refiriéndose al proceso analítico con los pacientes, en el que se da un proceso dialéctico entre el consciente y el inconsciente, se da siempre un *final*, pero sin que ese final dé la impresión de haber conseguido con él una meta. Nos dice allí lo siguiente:

Las terminaciones temporales, típicas, tienen lugar: 1, después de recibir un buen consejo; 2 después de una confesión más o menos completa, pero, en cualquier caso, suficiente; 3 tras el reconocimiento de un contenido desconocido hasta el momento, pero esencial, cuya conciencia lleva anejo un nuevo impulso vital o de actividad; 4 tras conseguir una nueva adaptación racional a circunstancias ambientales, quizá difíciles o desacostumbradas; 5 tras conseguir desprenderse de la psique infantil después de un largo trabajo; 6 tras la desaparición de síntomas atormentadores; 7 después de producirse un cambio positivo en el destino, como exámenes, noviazgo, matrimonio, separación, cambio de profesión, etc.; 8 después del redescubrimiento de pertenecer a una confesión religiosa o después de la conversión; 9 tras comenzar el establecimiento de una filosofía práctica de la vida (¡«Filosofía», en el sentido de la Antigüedad!)¹⁹

Lo interesante de esta enumeración de “finales”, provisionales o definitivos para el paciente, del proceso analítico y psíquico terapéutico es que apuntan hacia una “meta”. Esa meta solamente se manifiesta en algunos pacientes que, después de abandonar el consultorio por ya no necesitar más asistencia, continúan una actividad de investigación sobre sí mismos. Se trata de un querer conquistar su interioridad, pues es allí donde reside “el hombre total”, una realización de la figura divina que en ellos habita.

Sin extenderme en este punto, señalar cierto paralelismo con el proceso de la práctica filosófica. Para muchos, el proceso reflexivo habrá acabado una vez se ha restablecido el equilibrio roto por un problema, bien sea porque se ha encontrado una alternativa más satisfactoria, se ha disuelto la dificultad que nos bloqueaba, se ha liberado de las preocupaciones o se ha elaborado una concepción de la vida que le da más seguridad ante las dificultades.

Pero para algunos, tal vez no demasiados numéricamente, la práctica filosófica les abra la puerta a una vida intelectual apoyada en aquello que da a las cosas su ser, su verdad, su bondad y su belleza. Una vida que permite comprender que hacer el mal es siempre un error.

¹⁹ JUNG, C.G.: *Psicología y alquimia*, Plaza & Janes, Barcelona, 1977, p. 26.

Bibliografía

- ACHENBACH, Gerd B.. *Kurzgefaßte Beantwortung der Frage: Was ist Philosophische Praxis?*, disponible online en http://www.igpp.org/cont/philosophische_praxis.asp, último acceso 10 de febrero de 2012.
- ARISTÓTELES: *Metafísica*, Madrid, Gredos, 1982, edición trilingüe realizada por Valentín García Yebra.
- *Política*, CEPC, Madrid, 2003, edición bilingüe y traducción de Julián Marías y María Araújo.
- ARNAIZ, Gabriel: *¿Qué son las prácticas filosóficas?*, disponible online en <http://www.elbuho.aafi.es>, último acceso 3 de marzo de 2012.
- GÓMEZ, Manuela y SAMPER, José Luis: *Contributions of the philosophy for Children Curriculum to Intercultural Education*, Sofía, 1997
- JUNG, Carl Gustav: *Psicología y Alquimia*. Plaza & Janes, Barcelona, 1977.
- LAO ZI: *El Libro del Tao*, Ydoeta, Madrid, 1996.
- LIPMAN, Matthew, Ann Margaret Sharp y Frederick S. Oscanyan: *Filosofía a l'escola*, Eumo, Barcelona, 1991.
- LIPMAN, Matthew: *Pensamiento complejo y educación*, Ediciones de la Torre, Madrid, 1998.
- MARINOFF, Lou: *Más Platón y menos Prozac*, Ediciones B, Madrid, 2001.
- PLATÓN: *Obras Completas*, Editorial Aguilar, Madrid, 1974.
- SAMPER, José Luis: “El papel del profesor en la clase de Filosofía 6/18”, *Bulletí Filosofia 6/18*, núm 10-11, 1992.
- Conviure: jo i els altres. (Els valors de la convivència)*, CRP, Badalona, 1997.
- SOLDANI, Raffaella: “Entrevista a Achenbach”. Disponible online en <http://www.asepraf.org>, último acceso 10 de febrero de 2012.
- UNAMUNO, Miguel: *Del sentimiento trágico de la vida*, Espasa Calpe, Madrid, 1967.

